

DOÑA ROSA PELUFFO

Los Redactores*



Fig. 21. *Doña Rosa Peluffo*, p. 263.

Generalmente hablando, el teatro de México ha sido uno de los más favorecidos. En el ramo de ópera hemos poseído las más notables habilidades, y muchos de los actores y actrices que han contado en la capital han ido a Europa a continuar su brillante carrera de triunfos. [...]

Como la tendencia de las sociedades es no solo conservarse, sino mejorar el teatro, que nos parecía modelo de la perfección y obra del talento, fue reemplazado por otro no solamente amplio y decente, sino espléndido y lujoso. Las generaciones de actores que han desaparecido han sido reemplazadas por otros, y los nuevos adelantos del arte han venido naturalmente a plantearse también en los nuevos teatros. Desde que se construyó el de Nuevo México, la mejora se hizo sensible. El Romanticismo, que

* R. R. [Los Redactores], «Doña Rosa Peluffo», *El Álbum Mexicano*, I (1849), pp. 263-264. II. https://books.google.es/books?id=G7QsAAAAAYAAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gb_s_gu_mary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false

había hecho una revolución en Francia y España, llegó por fin a México y el público concurría ansioso. [...]

Esta variación era debida al ingreso de nuevos actores, que contribuyeron a hacer esta transformación en la escena. [...] Entre las actrices, desde luego sobresalió doña Rosa Peluffo, hoy bastante conocida y apreciada de todo el público. Debemos al favor de un amigo algunos apuntes biográficos y los consignamos con mucho gusto en las columnas de nuestro periódico.

Doña Rosa Peluffo nació en Cartagena de Levante y dotada de una verdadera vocación para el arte. A los once años empezó su carrera, haciendo sus primeros ensayos en Mallorca, Tarragona y otros lugares. Las felices disposiciones que poseía y los rápidos adelantos que logró le proporcionaron pasar al teatro de la capital de Cataluña.

Se hallaban allí don Andrés Prieto y doña Manuela Molina, ambas personas dotadas de talento privilegiado y que fueron la gloria y el orgullo de la escena española. Con la enseñanza y ejemplo de tan buenos maestros y las felices disposiciones que hemos dicho poseía la señora Peluffo, en muy poco tiempo consiguió el ser una actriz de tal mérito que fue contratada para segunda dama de los teatros de la corte, donde permaneció dos años con mucha aceptación del público. Deseosa siempre de adelantar, recibió en ese tiempo las lecciones del célebre actor don Joaquín Cabrera, que fue su segundo maestro, y al tercer año pasó al teatro de Sevilla a desempeñar el papel de primera dama. Un año después, volvió a los teatros de Madrid, donde, a fuerza de estudio, de observación y de trabajo, acabó de formar su carrera y ocupó el puesto de primera dama en el Teatro del Príncipe. En esta época (año 1820), se había ya casado con don Francisco Javier Armenta y, a causa de lo mal que le probaba a su esposo el temperamento, tuvo que abandonar los teatros de Madrid y pasó al de Cádiz.

Habiendo, como queda referido, obtenido la más completa aceptación en los teatros más notables de España, concibió la idea de continuar su carrera en América, lo que por fin ejecutó el año de 1830, embarcándose para La Habana y Puerto Rico, en cuyos teatros desempeñó diversas temporadas el papel de primera dama. No satisfecha con lo que sabía, y siempre amante y entusiasta por el arte como en los primeros años de su vida, emprendió un viaje a Francia, donde permaneció un año, frecuentando los teatros y estudiando a las más célebres actrices. De París pasó a Cataluña y a Barcelona y, por último, volvió a La Habana, donde permaneció hasta el año de 1842, época en que vino a la república. Después de tantos viajes, la mayor parte de ellos emprendidos con el fin de adelantar, de estudiar y de conseguir la perfección en el difícil arte del teatro, ha fijado su residencia en México, comprometida por la gratitud al aprecio que han merecido sus distinguidos talentos.

Con un cuidadoso esmero, conserva tres medallas: la primera la recibió en La Habana, por el desempeño de un papel en el drama titulado *Claudio Stoe*; la segunda le fue dada en la misma por el desempeño del drama *El destructor*; y la tercera se la regalaron los distinguidos e ilustrados jóvenes de Veracruz por el desempeño también de un papel en el drama de don Rodrigo Calderón. Los dos primeros dramas mencionados han sido traducidos por la misma actriz, que en los ratos que le dejan desocupados los quehaceres de su profesión se dedica al cultivo de la literatura.

Como se ha publicado en los periódicos el juicio crítico de los dramas que se han representado en esta capital, y la mayor parte del público que concurre al teatro ha podido juzgar del mérito de la señora Peluffo, nos abstenemos de hacer ahora un análisis de los papeles en que sobresale más su talento, llamando solo la atención sobre el que desempeña en *El destructor*, *Don Juan Tenorio* y en *La Emilia*, que recordamos de pronto y que, por la diversidad de asuntos, de pasiones y de sentimientos de cada uno, puede calcularse la generalidad de estudios que posee. [...] Si como actriz es generalmente estimada, en su trato particular no lo es menos; posee finos modales, amabilidad, y en su conversación se nota desde luego que no ha cesado de estudiar constantemente el teatro.

Algunos, injustamente, la han acusado de alejar a toda persona que pueda oscurecerla; creemos que este es un error y que, por el contrario, procura que las jóvenes que comienzan en esta difícil carrera obtengan un buen lugar en la escena. Los rápidos progresos de la señorita López y los primeros ensayos de la señorita Moctezuma son sin duda alguna debidos a las instrucciones, consejos y enseñanza de la señora Peluffo. Nosotros, deseosos de honrar la carrera artística, tan difícil, y para la cual tan pocos elementos hay todavía en nuestro país, consagramos estos renglones como justo tributo del aprecio y estimación que nos merece una actriz tan distinguida.